



El avión de Lufthansa secuestrado por los cuatro terroristas, durante su escala en el aeropuerto de Dubai.

TERRORISMO: EL FRACASO DE TODOS

EDUARDO HARO TECGLÉN

UN final wagneriano", se escribe para comentar el desenlace del trágico episodio de terrorismo con centro en Alemania Federal. Con la misma intención distanciadora y desdenosa se habla de un "asunto alemán". Hay una cobardía y una ceguera en todo ello, que consiste en relegar a un solo país, a una sola situación, esta breve oleada de sangre que nos recuerda otras más amplias, más extensas; hay una manera de decir que es Alemania —la vieja y siniestra Prusia— la que tiene esta vocación por la muerte y la violencia. Hay otro horror y otro orgullo graves: los de considerar el asalto al avión secuestrado y la liberación de los rehenes como un triunfo de Europa, o de Occidente, o de la democracia, cuando en realidad, ha sido todo, también, un fracaso de Europa, de Occidente y de la democracia. "Europa, la Europa democrática, la que está dispuesta a seguir defendiendo a sus ciudadanos y a conservar sus estructuras sociales, ha aprendido finalmente la dura lección del terrorismo", escribe un editorial de "ABC". "Su victoria no es solamente una victoria sobre el terrorismo y sus métodos inhumanos; es, para todos los hombres libres, una victoria de la democracia", escribe el Presidente Giscard

d'Estaing al canciller Schmidt ("Mi querido Helmut"). Canciller Schmidt que, "a fin de cuentas, ha defendido los valores de la libertad y la democracia" ("Le Monde"). Imaginemos que el asunto hubiera terminado mal, que el "Boeing" hubiera saltado por los aires con todos sus rehenes y su comando; tendríamos a todo el mundo deplorando la violencia y la irresponsabilidad de Schmidt. Como pasó en otra terrible ocasión, cuando la respuesta de las autoridades ale-

manas al terrorismo palestino en la Olimpiada de Munich hizo que murieran juntos terroristas, rehenes, pilotos y policías. ¿Se juzgan las actuaciones por el resultado final o por la mentalidad que mueve la decisión? En cuanto a Europa, en cuanto a la democracia, sólo puede ser un subterfugio olvidar en estos momentos que Andreas Baader, Gudrun Ensslin, Jan-Carl Raspe y sus compañeros muertos y vivos son un fruto de la democracia y de Europa. Como lo era el viejo nazi de las SS asesina-

do por ellos, después de la tortura indecible de un largo secuestro, el "patrón de patrones" Schleyer. Entre todos representan un largo y terrible fracaso de Europa. El que permitió que existieran las Juventudes Hitlerianas, a las que se afilió Schleyer, de donde iba a salir a formar parte del cuerpo represivo más duro y más injusto, las SS; el que permitió que ese mismo personaje representase la dureza y el despotismo del nuevo patrón para construir una riqueza injusta sobre una sociedad implacable; y es también un fracaso de Europa y de la democracia que le hayan salido estos hijos siniestros y asesinos. Andreas Baader, estudiante de malas notas en una Universidad cerrada, "fetichista de los automóviles de gran potencia con la doble personalidad de un megalómano" (escribió de él un periodista de la izquierda, Günther Walraff); dominado al fin por una mujer, Gudrun Ensslin, hija de pastor, convertida a la revolución en la Universidad, y los dos influyentes sobre el tercer muerto de ahora, Jan-Carl Raspe, sociólogo que se decía cansado del diálogo y de las teorías, que puso su talento de profesional inteligente y brillante en la preparación y estudio de los actos de terror. Muertos los tres ahora en celdas de acero, en circunstancias misteriosas, que no honran a Europa y a la democracia, como no la honraron ellos. Esto es de otra historia, y tiene poco que ver con la civilización soñada.

Todo empezó hace poco menos de diez años, el 3 de abril de 1968, cuando Baader y Gudrun Ensslin, ayudados por otros jóvenes alemanes —hijos de Europa, hijastros de la democracia—, incendiaron unos grandes almacenes en Francfort para "herir al capitalismo mono-



Jan-Carl Raspe, Gudrun Ensslin y Andreas Baader: suicidios en cadena cuando menos dudosos.

TERRORISMO

polista". Pero, ¿empezó entonces? Habría que volver la máquina un poco atrás y encontrarse con el furor y la lucha de los estudiantes extremistas. Lo cual no significaría nada si no retrocediéramos aún más para encontrarnos con un primer estudiante muerto por la Policía. No hay límite en el retroceso. Tendría que justificarse todo por la creación de una democracia dura y combativa en la posguerra, por parte de los Estados Unidos, para mantener una frontera frente a la URSS; y ello sería explicable por la guerra, y ésta por la existencia de un nazismo, y encontraríamos el incendio del Reichstag y la República de Weimar, y el gran desprecio de la juventud alemana que la hizo ir —como a Schleyer— a las Juventudes Hitlerianas... Contada la historia al revés, todo este episodio de la Alemania actual es apenas nada en un océano infinito de sangre y matanzas. Y Alemania no es más que una zona en un mundo de violencia y matanzas. Nada de lo que sentirse orgulloso, en un bando o en otro. Y sobre todo, nada para sentirse satisfechos y orgullosos de esta manifestación de nuestro tiempo.

Fuera de teorías y de retóricas, nos encontramos ante unos simples problemas inmediatos. El terrorismo existe, la opresión también; y hay una enorme conciencia colectiva que los rechaza y que no sabe cómo hacerlo, y que fluctúa entre informaciones más o menos deformadas y se deja llevar por actitudes que cada uno, en su esfera de conciencia, considera como heroicas. Y no son más que asesinas. Uno de los aspectos concretos es la situación de los Gobiernos ante el terrorismo, la serie de actos muy diferentes entre sí que conocemos con el denominador común de terrorismo. A cualquier Gobierno al que se le presenta un acto de este tipo le quedan muy pocas salidas. Hay una ecuación fría que parece es la que se ha planteado el Gobierno alemán federal: la posibilidad de unos cuantos muertos en un acto de defensa violenta podría evitar un mayor número de muertos en un caso de cesión. Si el Gobierno federal hubiese cedido a las amenazas y hubiera liberado a los presos, éstos y sus compañeros hubieran continuado los actos de terror y a la larga hubieran costado más vidas humanas; y quizá hubiesen provocado respuestas de otro tipo dentro del país, reacciones de ca-



El canciller Helmut Schmidt, con el ministro de Justicia, Hans Jochen Vogel; no es fácil criticarlos.

rácter neonazi, amenazas de golpe de Estado. Y sus respuestas de la izquierda. Notemos que es la misma postura que mantiene la derecha española contra lo que considera concesiones del Estado, como la amnistía, porque se trata de una respuesta típica de la derecha. No hay que considerarla incongruente, aunque no haya homologación en los dos casos (la amnistía española es otra ecuación: la de creer que hay una manera de partir de cero en el sistema de convivencia del país). Es la respuesta de quien cree que sólo el imperio de la ley hasta su último extremo puede mantener el orden establecido, y que ningún sacrificio es demasiado. La respuesta de la fuerza. Considerar que esta respuesta es democrática, como llamar "defensa de la democracia" a una legislación represiva, es algo más dudoso ya. Mucho más dudoso es considerar blandura y tolerancia, la actitud que en otros casos han tomado otros Gobiernos: negociar. No puede decirse que sea incongruente negociar, pactar, evitar la violencia y la sangre, o al menos aplazarla.

Lo que ocurre es que las dos soluciones son de dudosa eficacia. Siglos de represiones, crucifixiones, hogueras, torturas y calabozos de Estado no han evitado la rebeldía activa, el atentado, el terrorismo. El terrorismo es la última defensa de quienes no tenían otras armas ni

otra voz. De la derecha o de la izquierda. Pero el terrorismo está mucho más extendido de lo que parece. Cuando los americanos bombardearon con fósforo la ciudad de Hamburgo para forzar a Alemania a una rendición estaban ejerciendo una forma mayor de terrorismo, por no recordar el terrorismo de las bombas atómicas. Las diferencias son técnicas, son de una determinada riqueza de material. No son morales. Ulrike Meinhoff, muerta también en prisión por un suicidio tan dudoso como los del grupo Baader, declaraba en Alemania Federal "la guerra del pueblo", estaba pronunciando claramente la palabra "guerra". Es decir, algo que en todos los tiempos no ha permitido inocentes.

¿Qué hacer? Existe la respuesta teórica, que es la de la izquierda intelectual: crear sociedades donde no pueda producirse el terrorismo. Donde no sea necesario. La literatura las conoce con el nombre de utopías: pero no han pasado de ser creaciones literarias. En la práctica se les ha dado el nombre de democracias. Y es cierto que han conocido algunos períodos de bienestar o de una superficie relativamente apacible en algunos países. Pero nunca han dejado de estar apuntadas por los disparos, por las bombas, por los motines.

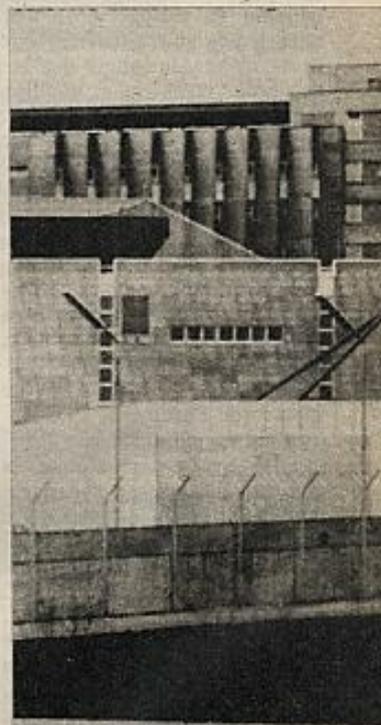
No es fácil criticar la acción del canciller Schmidt. Urgido por una sociedad previamente aterrizada, y no sólo por los

actos de terrorismo activo, sino por la propia segregación del miedo, ha tomado la solución más difícil. Le ha salido bien, si se puede llamar bien a la serie de matanzas en cadena —el comandante del avión secuestrado, los tres secuestradores, los tres prisioneros de Stuttgart, el rehén Schleyer: ocho muertos, hasta ahora—, pero podría haber sido todo mucho peor. Pero vendría despejar una serie de lugares comunes para comprender mejor el alcance del suceso y sus paralelismos:

1) No es un "asunto alemán". Alemania Federal no es un país más violento ni más duro que otros. El pasado nazi es indiferente en esta historia, que puede producirse en cualquier lugar del mundo. Y de hecho se produce con frecuencia.

2) Alemania Federal es una democracia autoritaria. Pero no hay que confundirla con una dictadura nazi. El resurgimiento del nazismo, o del fascismo, o de como quiera llamarse ese fenómeno, está siendo universal. La degeneración de las formas democráticas es un asunto antiguo en toda Europa y en Estados Unidos. No hay que desestimarlo, pero de ninguna manera hay que circunscribirlo a un solo país.

3) La defensa de la democracia por operaciones suicidas no es la única salida que se puede tomar ante estos casos. Una operación como la de Mogadiscio es demasiado arriesgada para repetirla. El canciller Schmidt probablemente no tenía otro recurso, dada la sociedad que dirige. Pero no debe servir



Exterior de la prisión alemana de Stammheim vistas de la B

de ejemplo, ni debería ser objeto de felicitaciones. Más bien de compasión.

4) El terrorismo no va a ceder nunca por la simple vía de la represión. Tampoco va a ceder por la de la negociación y el pacto. La busca incesante de una sociedad equilibrada y justa puede dar, a la larga, los frutos deseados. Pero tampoco hay ninguna seguridad.

5) El acto terrorista es inútil dentro de un contexto histórico. Nunca ha cambiado una sociedad. Ni siquiera cuando ha estado muy dirigido. Hay quien tiene el espejismo de que el asesinato de Carrero Blanco ha cambiado la historia de España: aunque no se puede escribir desde la ucronía, es lícito pensar que conservando su vida, nada habría cambiado en el devenir de España, aunque quizá las etapas hubiesen sido distintas.

6) No es lícito considerar a los terroristas simplemente como unos forajidos o como unos locos. Son frutos de una sociedad. De Europa o de la democracia, podríamos decir en este caso. En otros lo son de la autocracia o de la tiranía. Un ser que arriesga su vida, o que se elimina a sí mismo, como hacen los palestinos o como podrían haber hecho los del grupo Baader, nunca es un ser simplemente despreciable. Es alguien cuyo comportamiento hay que analizar para saber en qué ha fallado la civilización de la que ha brotado.

Nada de ello es optimista, nada es esperanzador. (Véase en páginas 26-27 la entrevista con Rudi Dutschke.) ■

THAILANDIA Y LA MODA DEMOCRÁTICA

LA moda de los tiempos políticos es la de un liberalismo elegante, una moderación controlada y una adhesión a los derechos del hombre: Thanin Kraivichien, primer ministro de Tailandia, civil, no quiso escuchar esta lección, siguió ofreciendo una política de mística anticomunista, negando libertades muy aparentes, obstinándose en cerrar su política extranjera al reconocimiento de los nuevos regímenes comunistas de Indochina —y de China—, retrasando la posibilidad de elecciones generales. Más allá, como un pecado político todavía más grave, se había empeñado en perseguir la corrupción. Fuera de la moda política, los militares que apoyaban su Gobierno —que habían creado su Gobierno— le han retirado la confianza. Y el cargo. Le han "retenido" en su domicilio —como a otros ministros también civiles del Gobierno— y, finalmente, parece que su casa —con él dentro— está severamente guardada: para protegerle. A esto se le viene a llamar golpe de Estado.

En realidad, el golpe de Estado se produjo hace un año, en noviembre de 1976. En aquel momento había una cierta democracia en Tailandia, o por lo menos la mayor aproximación a la democracia que haya tenido Tailandia en siglos. Una democracia gobernada por la derecha, pero con una situación peligrosa en campos y montañas donde se mantenían las guerrillas comunistas; y en las Universidades, donde se llegó a la revuelta. La represión de esa revuelta fue sangrienta y se llevó hasta el auténtico golpe de Estado. Emergió de su retiro un almirante, Sangad Chaloryu, que había sido comandante supremo de las Fuerzas Armadas y que era un hombre de carácter fuerte; había sido nombrado ministro de Defensa y desde ese Ministerio se hizo cargo de todo el poder, apoyado prácticamente sin excepción por todos los Ejércitos. Fue él quien designó al primer ministro, Thanin Kraivichien, quien redactó —o hizo redactar— una Constitución adecuada y quien designó —sin elecciones— una Asamblea Nacional. Al cabo de un año, lo ha desbaratado todo. No valía para estos tiempos.

Tailandia es una Monarquía con una extensión superior a la de España, pero con inferior número de habitantes. Tiene un mosaico importante de razas, tribus, religiones y lenguas, y su riqueza es esencialmente agrícola. Su antiguo nombre, Siam, evoca una ci-

vilización antigua y poco aireada: no ha sido nunca colonizada, lo cual le proporciona un considerable orgullo nacionalista pero, al mismo tiempo, le ha impedido el contacto con otras formas de vida. Su casta dirigente es muy conservadora. De hecho, este conservadurismo lo llevó a seguir una moda en otros tiempos: la del nazismo, la de la autocracia fanática de los japoneses. Ello creó la Tailandia "de los mariscales", que duró hasta 1973, como un modelo de dictadura férrea. Debía esta forma de Gobierno mucho a los Estados Unidos, que la consideraban como una fortaleza en Indochina, en la época del Vietnam. Una ayuda económica importante, unas bases sólidas, una guarnición de apoyo al régimen; elementos que fueron flaqueando cuando los tailandeses creyeron que eran una fuente mayor de riesgo —por la instalación de regímenes comunistas o neutralistas en sus fronteras— que de seguridad. Tailandia fue una de las fichas del miedo al dominio: la teoría de Washington era que la caída de una zona en el Sudeste asiático podía arrastrar la caída de las otras fichas de dominio en pie; hicieron lo posible porque no fuera Tailandia. Tailandia buscó la salida democrática para estar a bien con sus vecinos. Y a los Estados Unidos dejó de interesarles Tailandia cuando perdieron el Vietnam. Ya no les interesaba que cayese el dominio completo o no. Quizá ahora estén interesados en recuperar algo de su influencia, y quizá también los militares tailandeses busquen la forma de reanudar la amistad. Por la vía de este nuevo semblante democrático que el rígido Thanin impedía. Nadie cree que Sangad sea en realidad más liberal: se conoce su biografía, su energía y su dureza. Pero sí puede creerse que busque un semblante más a la moda.

Por eso ha anunciado ya que va a haber en 1978 unas elecciones generales ("Claro, todo dependerá de cómo evolucione la situación", se ha apresurado a añadir), y va a entablar relaciones con sus vecinos. Quizá llegue a la abolición de la ley marcial en ciertas zonas. Pero no en otras: la existencia de la guerrilla comunista le es intolerable. Los guerrilleros comunistas no se han engañado nunca por el fanatismo visible del primer ministro civil: han sabido siempre que su enemigo era el almirante Sangad.

Lo que sí puede estar ocurriendo es que el almirante vea que por el camino que llevaba el país las guerrillas iban creciendo y multiplicándose. Todos los defraudados del Gobierno de Thanin, todos

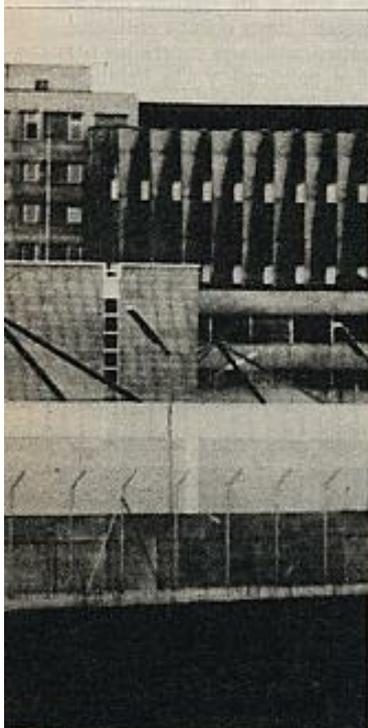


Sangad Chaloryu, almirante retirado y jefe del nuevo comité revolucionario.

los estudiantes sin posibilidades, todos los obreros sin trabajo, terminaban por irse a la guerrilla o por ser sus aliados objetivos. Tal vez por decisión propia, tal vez por consejo de los Estados Unidos, que marcan la nueva moda, el almirante Sangad está intentando una serie de libertades individuales y de posibilidades políticas que resulten más eficaces para combatir al comunismo.

Se anuncian, por lo tanto, elecciones generales. Se redacta también una nueva Constitución, para que presida esas elecciones generales. Será la tercera en poco tiempo (las dos anteriores tienen fecha de 1974 y 1976), y su finalidad es, según la nueva junta —o sea, la misma junta—, caminar hacia la estabilidad política y "la felicidad del pueblo". No parece, en cambio, que el poder vaya a ser entregado a otros civiles: lo conservarán los militares directamente, sin intermediarios, hasta la promulgación de la Constitución y la celebración de las elecciones. Nadie piensa, sin embargo, que vayan a abandonarlo después, aunque le den otro cariz a su presencia.

El nuevo-viejo régimen, sin embargo, puede estabilizarse si la reanudación de las relaciones diplomáticas con China y los países comunistas de su zona hacen que se retraiga la guerrilla comunista. No es demasiado fácil, porque esta guerrilla obedece a problemas interiores —hambre, miseria, persecución—: pero su suministro de armas podría verse comprometido. Si el almirante Sangad opera con habilidad, la nueva situación podría retirar fuerza a la guerrilla, dar más seguridad a sus largas y difíciles fronteras, retraer el malhumor de los oficiales jóvenes y procurar nueva ayuda de los Estados Unidos. Sin necesidad de modificar la situación social. Solamente maquillando el régimen de forma que se mantuviera dentro de la nueva línea de la democracia y del respeto a los derechos humanos. ■



Stuttgart, donde se han suicidado los terroristas-Meinhof.